

MEMORIA

sobre el **C**risus de la **R**ioja,

POR

El Dr. D. Julian Iguino Cozar,

Médico titular de la villa de Haro.



BURGOS :

Imprenta de D. Simoteo Arnáiz.

AÑO DE 1838.

026399

El que presenta reflexiones útiles á la salud, y bien estar de sus semejantes, cumple con una de las mas santas obligaciones del hombre, y se hace digno de la estimacion de su pátria.

SEMANARIO DE AGRICULTURA. N. 6. p. 94.

FORMAR la Historia de las epidemias y de las fiebres contagiosas, que con frecuencia aflijen á los pueblos, á provincias enteras, y á los ejércitos de mar y tierra, es una de las ocupaciones mas interesantes á la medicina práctica. Este ramo de la ciencia, cultivado con tanto afan por los mas famosos Profesores de la antigüedad, dista mucho de la perfeccion, que podia haber adquirido, si se hubieran seguido las máximas que con admirable maestría nos dejó trazadas el hombre mas grande que ha conocido el mundo en Medicina; pero los Médicos lejos de imitar la filosófica observacion del inmortal Hipócrates en describir con exactitud y precision los fenómenos de las enfermedades, y en comparar los resultados obtenidos con diversos métodos, se han ocupado mas bien en inventar hipotesis arbitrarias, y cuestiones inútiles, que son la causa de los muchos sistemas que agitan á la medicina, la cual estando á la par de las demas ciencias físicas, cuyos adelantamientos consisten precisamente en el conocimiento exacto de los hechos,

*

todas las especulaciones, y ratiocinios especiosos del entendimiento no pueden dejar de extraviarse entre los errores. El conocimiento de la causa próxima de la calentura que ha sido el escollo en que han tropezado todos los inventores de sistemas, importa poco para hacer útiles aplicaciones de sus fenómenos en la práctica, estudiando con detención sus síntomas, examinando con madurez los efectos filosóficos y terapéuticos de los remedios, y palpando, si es posible después de la muerte, las alteraciones que hayan sufrido las entrañas durante la enfermedad. Todos hablan de este ente mortífero de la especie humana: cada uno la considera y explica según sus ideas; y cada cual la trata conforme á los principios que ha concebido; y de aquí han nacido las grandes cuestiones que ocupan los mas celebrados fastos de la ciencia, no solo sobre la causa próxima de la calentura y clasificación de sus accidentes, sino tambien sobre el método curativo con que se le debe combatir. Sin remontarnos á aquellos tiempos en que la Astrología y la Filosofía Aristotélica eran los dos caminos que dirigian al Médico en la curación de las enfermedades, con remedios tan diferentes entre sí, como ridículos; hallamos otras épocas mas cer-

canas á nosotros en las cuales se advierte la contrariedad de opiniones con que se disputa la causa de la calentura. Primero Fracastoreo, después Foresto, Hoffmann, Willis, Sidenham, Eluxam, Lind, y mas modernamente Boerhave, Cullen, Broussais, y otros famosos Médicos cuyos escritos no deberémos olvidar, han trabajado con ardor por averiguar aquel principio que, al encogimiento de carnes, esperezos, escalofríos y náuseas, que generalmente preceden á la calentura, se sigan el calor, sed, dolores de cabeza, delirio, convulsiones, y otros accidentes dignos de nuestra atención. Estos Médicos que sin duda alguna nos han dejado máximas y preceptos muy interesantes á la práctica, no han convenido, por desgracia de la ciencia, en la causa de los accidentes de la calentura, ni en los medios de curarlos.

La sabia escuela de Paris habia llegado á conseguir la concordia, digámoslo así, entre los Médicos, conformándose con las doctrinas de su diccionario de ciencias médicas; pero un nuevo sistema (la medicina fisiológica) vino á suscitar de nuevo un caos de dudas, y de confusión. No es mi ánimo referir, ni menos analizar ninguno de los sistemas de medicina que conocemos hasta ahora, y estoy bien lejos de

dar mi voto sobre una materia en la cual han escollado los entendimientos mas grandes, por la obscuridad con que la naturaleza egerce sus operaciones. Nadie hasta ahora ha podido rasgar el velo que tiene cubierto el santuario de sus fenómenos, y solamente la observacion ayudada del transcurso del tiempo, podrá sacarnos de nuestra ignorancia, y satisfacer nuestros deseos. La observacion es la que enriquece las ciencias y artes prácticas de conocimientos sólidos, máximas seguras, y de principios inconcusos, dice nuestro sábio Piñera y Siles; la que por la atenta y escrupulosa advertencia de los fenómenos con que vienen acompañados los sucesos, se descubren muchos principios que antes se ignoraban, y de los que apenas habia una leve noticia, ni ligera sospecha: por las observaciones particulares se desmienten no pocos de los principios que antes se tenian como ciertos, fundados en vanas hipotesis. Las observaciones particulares hechas con imparcialidad, propuestas con sinceridad, candor, fidelidad y buena fé, y desnudas de todo espíritu de sistema, son las que dan lustre á la medicina, las que la mejoran y perfeccionan deduciendo de ellas preceptos adaptables á otros casos análogos. Convencido de estas verdades irrefragables busqué á la obser-

vacion para que me guiase en el tratamiento de la fiebre tifoidea que afligió á la villa de Belorado desde principios de Abril, hasta últimos de Noviembre del año de 1828 hallándome de Médico en ella, cuyos caracteres, síntomas particulares, y remedios que mejor probaron espondré del modo mas conciso y exacto, precediendo una reseña de las constituciones de tiempo, que se notaron antes de la epidemia: de la situacion topográfica de este pueblo: del modo de vivir de sus naturales; y de las alteraciones de calor y frio para poder inferir las causas que pudieron dar lugar á la referida fiebre epidémica, y aproximarnos por hechos de analogía á compararla con el Tifus que hace mas de cuatro años reina en casi todos los pueblos de la Rioja.

La villa de Belorado está situada en las márgenes del Rio Tirón en una hermosa llanura al pie de una montaña estéril, y rodeada de muchas huertas de cultivo y de árboles de todas especies que en gruesos grupos guarnecen las orillas del mismo rio. Surtida de abundantes y ricas aguas de fuentes, no tiene necesidad de pozos, cirternas, ni estanques que la necesidad obliga á inventar en los pueblos escasos de aguas potables; pero en su poblacion anti-

quísima se nota estrechez y falta de ventilacion en sus calles, y el mal gusto de sus edificios en los cuales se hallan unas grandes cuadras subterráneas en que los labradores hacen las basuras, que necesitan para sus labranzas, derramando sobre ellas mucha agua para que entren en fermentacion; de que resulta que el gas méfítico que se desprende de estos hogares de putrefaccion, ataca á los metales mas escondidos de la casa, y ofende á los órganos de la respiracion; por lo que sin duda se ven en este pueblo tantos asmáticos habituales de uno y otro sexo. Es abundante de todo género de comestibles, y sus habitantes, la mayor parte labradores, son sóbrios en la mesa, y de un carácter apacible y bondadoso. Con motivo de haber sido lluviosa la primavera del año de 27, ofrecian los campos una abundante cosecha; pero los redujo á la nulidad una grande nube que puso al pueblo en la mayor afliccion. Se siguió un verano poco caloroso por haber soplado aires del norte, y no se advirtieron enfermedades dignas de referirse. El otoño se presentó templado y sereno; y el invierno no fue riguroso. La primavera siguiente, muy calorosa y seca por haber dominado vientos del mediodia, produjo una multitud de insectos en los árboles y hor-

talizas que impidiendo su vegetacion y lozanía, ofrecia el campo una vista semejante á la que presenta en el mes de Agosto. Se multiplicaron las moscas prodigiosamente y casi se agotaron las fuentes que abastecen de agua al pueblo. Con una primavera tan poco comun en este pais, por sus extraordinarios calores, se secaron las mieses con rapidez, y los labradores se vieron precisados á los trabajos penosos de la recoleccion de frutos á mediados de Junio. La mayor parte de estos hombres debilitados ya por una série continua de trabajos corporales, y de los disgustos que causa el espectáculo de la miseria á que les habia reducido la pérdida de la cosecha del año anterior, acabaron de enerbar sus fuerzas los grandes calores que sufrieron en el campo, respirando aires calientes del mediodia, envueltos en sudor y casi todos mal alimentados. Se empezó á advertir la tos ferina en los niños, que fue reemplazada de la fiebre escarlatina. El cólera-morbo esporádico era muy frecuente por las noches entre los labradores, asi como tambien las erisipelas en la cara de un color moreno, diarreas, indigestiones, y otros males del sistema digestivo, ademas de la fiebre epidémica que habia empezado á notarse desde mediados de Abril, cuyos

principales accidentes voy á describir sucin-
tamente.

HISTORIA DE LA ENFERMEDAD.

Dolor ácia el hueso occipital y partes laterales del cuello que obligaba á algunos á doblar la cabeza sobre el lado afecto simulando la obstipicidad ó tortrícoli de los franceses, los cuales estendiéndose con rapidez y violencia á las sienes y hueso coronal, no tardaban en presentarse las náuseas y los escalofríos, seguidos de un temblor general, que precisaba á los enfermos á ponerse en cama. Uno ó dos dias despues de la invasion, el pulso era frecuente con alguna dureza, calor vivo en la piel, y dolor de cabeza tan intenso en los mas, que no la podian levantar de la almohada sin sentir desvanecimientos: la sed era ardiente, acompañada de lengua seca y encarnada en todas sus partes, que parecia á la cresta de un gallo, aunque en algun otro estaba cubierto su fondo de una mucosidad pajiza. Se quejaban los mas de cierta sensacion, ó dolor obtuso en la region epigástrica que se aumentaba con la compresion, y las orinas eran encendidas, opacas, y de un olor fuerte de amoniaco. En los de temperamento

bilioso, les atormentaban los primeros dias de la enfermedad los vómitos frecuentes alternados con algunas deposiciones biliosas, y muchos zuridos de tripas. Desde el quinto al séptimo dia de la enfermedad, se aumentaba el color encendido de la cara, sintiendo en ella llamaradas de calor que obligaban á muchos á sentarse en la cama para darse aire. En este estado arrojaban algunas gotas de sangre por las narices, que lejos de moderar los accidentes, ha sido en los mas una señal de próximo delirio; asi es que este accidente se presentó en casi todos, entre el dia diez y once precedido de una pertinaz vigilancia, ó de cortos sueños agitados y espantosos, balbucencia y sordera mas ó menos grave: al tercero ó cuarto dia del delirio, que en todos era soporoso y bajo, se quedaban dormidos por algunas horas, y se cubrian de un sudor general caliente muy abundante, con el que terminaba la enfermedad ácia el dia quince ó diez y seis. Pero por desgracia no se lograba en todos esta feliz determinacion. La erupcion de petequias que se notaba en algunos enfermos inmediatamente despues de la epistaxis era un síntoma precursor de otros de mayor gravedad. La sordera se hacia casi absoluta en medio de un delirio commatoso, en el que los en-

fermos no articulaban mas que algunas palabras imperceptibles y confusas, estando en una postura súpina escurriéndose de la cama con los pies descubiertos. Al temblor de las manos y saltos tendinosos en las muñecas, que ha sido un síntoma comun á todos estos enfermos, se seguia la postracion de fuerzas musculares con lentor en los dientes, y una lengua grietosa y renegrida: el semblante estaba aturdido, y sus ojos inyectados y sucios: sus miradas tristes é indiferentes; y cayendo en un estupor profundo, sucumbieron algunos ácia el dia quince de la enfermedad, precediendo á la muerte un ligero estertor, y frialdad de los extremos. ¿Puede estar mas claramente pintada la imágen del Tifo que describe Vaides? Yo creo que esta fiebre en nada se diferencia de la que observó Pinel en los hospitales de Paris en 1814, de la que trataron Pringle, Monró y Vanswieten bajo el nombre de calentura de las cárceles; de la que han denominado sinoco-pútrida; enfermedad de los campamentos, de los navíos, calentura maligna, calentura pútrida, calentura nerviosa por diversos autores, fiebre adinámica por otros, y últimamente gastro-entéritis por Brussais, y gástritis tifóidea por Boisseau.

Se ha creído hasta ahora que la causa pro-

ductora de esta fiebre, son los miásmas que se desprenden de los pantános, de los subterráneos, de la reunion de muchos hombres en pequeños aposentos sin ventilacion, y de la fermentacion de las substancias animales; por consiguiente me persuado á que la que se padeció en la villa de Belorado en el año de 28, consistió en las muchas basuras que contenian sus casas, en estado de fermentacion. Esta sospecha se hace mas verosímil atendiendo á que, desde que los labradores las sacaron á las heredades en el mes de Noviembre, desapareció la enfermedad, de modo que á últimos de Diciembre no habia en el pueblo mas que un solo enfermo de la fiebre.

En el mes de Octubre se hallaba la escarlata en su mayor incremento, y ademas se padecian algunas anginas inflamatorias, cuyos enfermos, y los atacados de la fiebre tifóidea, hizo subir su número hasta llamar la atencion de los vecinos de los pueblos inmediatos, quienes habiendo estendido la voz de que en Belorado se padecia la peste, obligó al Corregidor de Santo Domingo de la Calzada á pasar al Alcalde mayor de dicha villa el oficio que dice asi «Corregimiento y Subdelegacion de Santo Domingo de la Calzada. = Se ha hecho dema-

siado extensa la voz de que en esa villa principalmente, y aun en sus inmediaciones, se ha descubierto cierta epidemia segun se me acaba de informar, y con el justo objeto de averiguar lo cierto, y adoptar las correspondientes medidas, se hace preciso que V. de acuerdo con los facultativos me manifieste con toda claridad, extension y bajo de su responsabilidad cuanto haya en el particular, con la extension si la enfermedad, ó epidemia podrá ser de propagacion y peligrosa en el contagio. Espero su contestacion inmediata, y sin lijera detencion. = Dios guarde á V. muchos años. Santo Domingo de la Calzada Noviembre 27 de 1823. = Estanislado Guilarti y Austri. = Señor Alcalde mayor por S. M. y encargado de policia de la villa de Belorado.» = Para la contestacion de este oficio, la Autoridad exigia mi dictámen con premura, bien difícil á la verdad de darlo con el acierto que pedia el caso, porque de la clasificacion bien ó mal hecha de la enfermedad, pendian las providencias ulteriores, mas ó menos eficaces y ruidosas.

Es muy cierto que las fiebres sinoco-pútridas cuando reinan epidémicamente, se hacen al fin contagiosas; sin embargo se incurriria en un error notable no haciendo una distincion

entre estos dos órdenes de fiebres, á pesar de las relaciones de identidad y analogía que tienen entre si en propender á atacar á muchas personas á un tiempo, por cierto miásma venenoso que aplicado al cuerpo humano, produce unos mismos efectos. No obstante, yo distingo una línea de separacion entre lo epidémico y contagioso, y consiste en que, en la epidemia el aire se halla alterado, y puede no estarlo en lo contagioso: en aquello son rápidos los progresos del miásma, y en éste son mas lentos al principio, esto es mientras el miásma se comunica solamente por medio del contacto con los cuerpos enfermos, sus ropas &c., con los sanos, pues al instante que el miásma contagioso ocupa la admósfera y la vicia, la infeccion es ya tan rápida y general como la epidemia. En el caso presente se observaba que Belorado y su barrio de Tosantos padecian una fiebre grave, sin conocerse su causa productora; y aunque se aumentaba cada dia el número de los enfermos, no habia datos suficientes para declararla por contagiosa, por no haberse advertido mas que un corto número de ejemplares de contagio entre la gente pobre que vivia en aposentos reducidos, oscuros y escasos de ventilacion; por cuyas razones no tube reparo

en clasificarla por entonces como estacional, para que la Autoridad así lo manifestara, con la reserva de exponerle en lo sucesivo lo que fuera observando.

Los accidentes que se presentaron en la fiebre que acabo de referir, y el curso que siguió en cada uno de los enfermos, desde su invasión hasta la crisis ¿tienen alguna analogía con la que reina en la Rioja, saltando de pueblo en pueblo desde el año de 1835? Yo creo que sea de la misma especie é índole, si prescindimos, como es preciso prescindir en la práctica y curacion de los enfermos, de las causas que hayan podido producir una y otra fiebre, por no tener hechos bastantes para conocerlas, ni observaciones exactas que nos ilustren sobre lo que deseamos saber acerca de la marcha de las epidemias, sus repeticiones, y el progreso de los contagios. Cualquiera Médico del pais que haya visitado enfermos de esta fiebre con alguna detencion, y quiera tomarse el trabajo de cotejar los síntomas que presentan, con los que se advirtieron en los de Belorado, no hallará ninguna diferencia esencial que le obligue á formar nuevos cálculos, ni conceptos terapéuticos. Mas por sí, aunque estacionaria en este pais y demasiado estendida en él por desgracia,

hay todavía alguno que no haya tenido ocasion de observarla, me ha parecido conveniente hacer la pintura de los principales síntomas que presenta la enfermedad desde el principio, hasta su terminacion.

Laxitud de cuerpo y cargazon de cabeza por dos ó tres dias, á que se siguen esperezos, y escalofríos con temblores generales que precisan á los enfermos á ponerse en la cama, y son los síntomas precursores de la enfermedad. La cargazon de cabeza degenera en un fuerte dolor que ocupa principalmente las sienes y cóncavos de los ojos, como así mismo los huesos de los extremos inferiores y los lomos, á los que acompaña un pulso frecuente con alguna dureza en la arteria; calor aumentado en la piel, con algun desasosiego; encendimiento en la cara especialmente en las mejillas y en la frente; abstriccion de vientre por lo comun, y escasez de orinas con mucha sed. Hacia el quinto ó sexto dia de la enfermedad, tienen algunos un pequeño flujo de sangre por las narices, que no alivia el dolor de cabeza, y á otros bajándoles á la boca, la arrojan en forma de gargajo aparentando una emoptísis. La lengua en unos se presenta cargada en su centro de una ligera capa blanquecina, sintiendo mal gusto en la boca,

pero en los mas se advierte toda ella de un encarnado vivo como si su membrana padeciera una erisipela. En invierno y primavera ha empezado en muchos la enfermedad con señales aparentes de una constipacion, ó de un catarro pulmonal con dolores laterales al pecho, tos y alguna expectoracion mucosa-sanguinolenta simulando una verdadera pleurosía, y en otros una pleurodinía. Los síntomas referidos se van graduando sucesivamente y continuan con mas ó menos intension por ocho ó nueve dias segun la edad y constitucion del enfermo, y la energía de las causas. La sordera que cuando no ha sido muy grave no ha amenazado peligro, se ha presentado por lo regular hácia el noveno dia de la enfermedad, y abre la escena á un nuevo órden de síntomas mas alarmantes y peligrosos que los primeros. Por lo comun se sigue el delirio en el en que los enfermos están murmulando palabras mal articuladas é imperceptibles: se les cubre el cuerpo de una erupcion petequeial de color moreno, especialmente el pecho, la parte interna de los brazos, y toda la region lumbar: se les nota saltos tendinosos en las muñecas con temblor en las manos: las conjuntivas se tiñen uniformemente de un color rosáceo: sacan la lengua con mucha torpeza cuan-

do se les manda, y se olvidan de meterla en la boca hasta que se les advierte, siendo en unos áspera y negricante, y en otros encarnada, grietosa y seca: se les ponen súcios los dientes, formando una línea negra hácia las encias. En este estado escrementan los enfermos en la cama, sin sentirlo, y están en ella en una postura súpina con la boca abierta, escurridos de las almohadas y con los pies fuera de la ropa, manifestando un verdadero coma próximo á caer en el estupor é insensibilidad como lo indican sus miradas tristes, y el aturdimiento del rostro en el que se hallan pintados ciertos rasgos de fatuidad: Algunas mugeres han padecido la total retencion de orina por paralisis de la vegiga en las cuales se ha verificado la muerte como lo pronostica Pinel; y en otras la incontinencia de ella ha producido escoriaciones gangrenosas en las nalgas y el sácro, que han prolongado su convalecencia. Indiferentes al Médico, á sus interesados y á todo cuanto les rodea no tienen ni temor ni esperanza; y como ha dicho muy bien un escritor de este siglo, nada desean ni aun la salud. Estos accidentes continuan por lo regular hasta el dia quince, ó diez y seis de la enfermedad en cuyo tiempo se alivian insensiblemente y sin crisis notables, á no ser en al-

gun otro que ha terminado por parotidas; pero los que sucumben á la violencia de ellos, se verifica la muerte en el estado letárgico cubiertos de un sudor ligoso que precede á un pequeño estertor.

Hasta aquí la sintomatología con que se ha presentado la enfermedad desde que se dejó ver en este pais al principio del año de 1855, preescindiendo de aquellas particularidades y anomalias que en toda especie de enfermedades arroja de si el temperamento individual, é imprimen las revoluciones admosféricas.

¿Y nos será dado atinar con las causas de una enfermedad, que por tanto tiempo aflige al pais mas sano de Castilla la Vieja, por su situacion topográfica, por la abundancia y buena cualidad de sus alimentos, y por el cultivo de sus campos, cubiertos todos de la fecunda vid? ¿En dónde está la tenacidad de un mal, que no ha bastado á destruirlo las diferentes revoluciones admosféricas de cinco años que han transecurrido ya? Difícil seria ciertamente averiguar el origen de esta enfermedad si hubiera invadido epidémicamente, como lo es el de todas las calenturas de esta clase, pero su larga residencia y tenacidad en un pais poco dispuesto á sostenerla por las buenas cualida-

des de que está dotado por la naturaleza, nos indica el camino por donde debemos buscarlo: la guerra civil que le destruye. Efectivamente, todos los que se han dedicado á investigar las causas de la fiebre que nos ocupa, las han hallado en las emanaciones de los pantanos, elocacs, y mas particularmente en las que se desprenden de los cuerpos humanos vivos reunidos en crecido número, ó encerrados en aposentos estrechos, oscuros y poco ventilados, cuyos miásmas de una cualidad sedativa y amortiguadora del sólido vivo segun unos, y de una accion estimulante segun otros, absorvidos principalmente por la superficie pulmonal y cutánea, ó tragadas con la saliva, constituyen el origen de las enfermedades tifoideas; por lo que, no sin algun fundamento las han denominado los médicos del siglo pasado calenturas hospitalarias, de las cárceles, de los navíos, y de los ejércitos, para expresar los sitios donde mas comunmente se padecen.

La causa de la que dejamos descrita, fué sin duda en su principio puramente local y circunscripta á un punto determinado, hasta que la energía de su influencia y circulacion, llegó á inficionar la admósfera. El cementerio de esta villa colocado al medio dia, y á pocos pasos

de la poblacion, é inmediato á un estanque de aguas verdosas y corrompidas que la policia debiera remediar, eran dos grandes focos de putrefaccion por no haber enterrado los cadáveres con la profundidad y demas reglas necesarias: asi es que la fiebre principió por los habitantes de las casas mas inmediatas á estos puntos de infeccion en el mes de Febrero del año 55, y aunque de un modo lento é insensible, se propagó por los barrios mas pobres de Santa Lucía y las Cuevas, mientras que en el resto de la poblacion, no se padecian mas que indisposiciones propias de la estacion de la primavera, que ninguna analogía ni semejanza tenian con las que se habian desenvuelto en dichos barrios, estando disfrutando ademas en los pueblos vecinos de una salud satisfactoria; y estos caracteres diferenciales, nos ofrecen una prueba para no considerarla desde el principio como estacional. En el otoño del mismo año, los ejércitos ocuparon este pais con el objeto de apaciguar la guerra civil que empezaba á promoverse en las Provincias Vascongadas, y la fiebre que estaba entonces circunscripta á un pequeño círculo de la villa de Haro, se estendió por toda ella, y los pueblos circunvecinos empezaron á sentir sus efectos en la primavera siguiente, principalmente

en Casa de la Reina, Briones, y sucesivamente todos los demas que están situados en la carretera desde Miranda á Logroño.

Los hospitales militares establecidos en la línea del Ebro, no son bastante capaces para colocar con el desahogo necesario los muchos enfermos y heridos que les remite el ejército, de que resulta un mayor número de enfermos de los que debia haber en cada hospital, y por consiguiente un foco de infeccion que impide notoriamente la curacion de los enfermos tifoideos, y contribuye al contagio de los heridos y de los asistentes. No teniendo local para acomodar tantas camas como á las veces son necesarias por el aumento de enfermos que ocasionan las continuas fatigas de una guerra activa, sin perdonar los rigores de todas las estaciones, se ven sus gefes precisados á trasladarlos á otros hospitales militares, haciendo esta operacion de un modo tan expuesto é incómodo para los pueblos y enfermos, como eficaz para estender la semilla del Típus. Puestos á caballo en los bagages que hacen venir para el efecto de los pueblos del partido, sin mas ropa para defenderse de las injurias del tiempo que su vestido ordinario y las capas, ó mantas, anguarinas que les prestan los bagageros, los conducen hasta

el pueblo en que han de pernoctar con mucha incomodidad, por falta de los recursos que necesitan estos enfermos, la mayor parte graves. Alojados en las casas mas pobres y desabrígadas del pueblo, no encuentran para su descanso mas que el mismo gergon y ropa en que han dormido, y tienen que dormir á la noche siguiente los dueños del alojamiento, ó su familia. Los bagageros se vuelven á sus casas embozados en las mismas prendas con que los soldados enfermos se habian defendido del agua y del frio durante el viage, y de este modo se trasmite de una parte á otra la semilla del contagio. Me persuado á que por este principio de contacto tan inmediato, como frecuente, se ha estendido la fiebre tifóidea, hasta los pueblos mas pequeños de la falda de la sierra, saltando ya á uno, ya á otro que no tiene relacion con él, pero sin abandonar jamás á aquellos que sostienen una guarnicion permanente, y que el ejército los considera como puntos céntricos para sus operaciones militares, tales como Logroño, Haro, Miranda de Ebro &c., porque tienen un contacto continuo con los enfermos que dejan las columnas en las casas de sus alojamientos, hasta que los conducen á los hospitales. La misma causa que ha hecho que se estienda la fiebre

por los pueblos de la Rioja, es la que la sostiene y perpetua en ella. ¿Y yá que por las circunstancias en que en el dia se encuentra este pais, no podamos remediar esta plaga, no ha de haber medios con que disminuirla, y domarla en parte? Creo que daríamos un paso muy adelantado en este punto, modificando la traslacion de los enfermos de unos hospitales á otros. Todos los pueblos que están en proporcion para hacer noche desde Miranda á Haro, y de este á Logroño, tienen pequeños hospitales civiles, ó por lo menos disposicion para destinar una casa provista de camas, en donde con algun descanso pudieran pasar una noche los infelices soldados que trasladan de un hospital á otro, en vez de dormir en el suelo, ó sobre unas malas pajas, desabrigados, y descuidados de todos como regularmente sucede cuando los alojan. Su conduccion no deberia ser en caballerías como se ha hecho hasta ahora, por ser un medio sumamente incómodo y expuesto para los enfermos, sino en carros construidos con asientos por los lados, y cubiertos de lienzo fuerte ó encerado para defenderlos del sol y de las aguas. Este método sencillo y económico para los pueblos, es tanto mas practicable, atendiendo al buen camino que favorece al proyecto.

He manifestado la Historia, y el curso ordinario que ha seguido hasta ahora la fiebre tifóidea, desde que se presentó en este país, y las causas que á mi modo de ver han concurrido á su propagacion y permanencia; y antes de hacer algunas ligeras observaciones relativas á sus síntomas, y al plan curativo que mejor ha probado, me considero obligado á examinar si es ó no de carácter contagiosa. No tocara, aunque de paso esta cuestion si las sutilezas de Quesnay no hubieran introducido en la ciencia la diferencia del contagio á la infeccion. Esta distincion que hasta ahora no ha podido resolverse por falta de datos suficientes, ha creado acérrimos partidarios entre los médicos, y la propagacion de ciertas enfermedades que unos creen se hace por contagio activo, no reconocen otros en ellas mas que la infeccion. La mayor parte de los médicos, asi antiguos como modernos han asentado que el Típus como una de las enfermedades pestilenciales, se propaga de unos á otros por su índole esencialmente contagiosa. La demostracion está en favor de esta asercion, que es á lo que debe estar el Médico práctico; y en prueba de ello solo diré, que bajo el nombre genérico de enfermedades contagiosas se comprenden todas las que son susceptibles de

propagarse de los hombres enfermos á los sanos: que los medios de su propagacion son la admósfera, el contacto, la aplicacion, y la insercion del vírus, en los cuales se comprenden la infeccion, el contagio y la inoculacion: que la infeccion no constituye segun Boullaud un fenómeno esencialmente diverso del contagio, sino una variedad de él: que los enfermos afectados de los males que se propagan por infeccion y aun los efectos de su uso, pueden producirlos tambien formando ellos otros focos de infeccion, que hay muchas enfermedades evidentemente contagiosas que no se comunican por medio de la admósfera, como la sarna, la sífilis, y la vacuna: que hay otras que se transmiten por el intermedio del aire ó sea por infeccion mientras que el contacto no es el medio seguro de su comunicacion, como el sarampion y la escarlata: y finalmente que algunas enfermedades pueden comunicarse de los dos modos como la viruela, y provablemente el Típus, la peste y la calentura amarilla. Muy interesante nos seria conocer á fondo los modos de propagarse de unos á otros las enfermedades contagiosas, ó llámense de infeccion; pero no habiendo llegado á conocer tanto la medicina, deberémos limitarnos á estudiar las que son de esta índole para dictar

aquellas medidas que la experiencia tiene acreditadas de mas eficaces para evitar su contagio. Y siendo el Tifo una de las comprendidas en el cuadro de esta clase de enfermedades, me parece que no debe ser indiferente al médico evitar que sus emanaciones infesten el aire de modo que comprometan su propia salud y la de los asistentes, oponiéndose ademas al buen éxito de los remedios.

Los ensayos que ha hecho Pariset con las diferentes composiciones del cloro en el tratamiento de las fiebres pútrido-nerviosas son bastante conocidos para que me detenga á referirlos. Los buenos resultados que Rapp obtuvo de esta substancia en las disenterias pútridas, y que Bruthuvate y Bram nos refieren de la escarlata maligna, de las viruelas y del Tifo no nos dejan nada que dudar sobre la eficacia que tiene el cloro contra las calenturas pútridas, sino tambien contra los virus y principios contagiosos, ya se hallen fuera de nuestra economía, ó ya existan dentro de ella. Hallé, Bruquatilli y Prunisalli nos afirman el buen éxito con que lo han empleado en la Ptisis, en la Hidrofobia, y en lociones sobre las mordeduras de los perros rabiosos. La grande reputacion de que goza tambien entre los médicos nacionales y extran-

geros para neutralizar los miásmas contagiosos, me hizo preferirlo entre la multitud de las recetas que se usan para desinfestar las habitaciones de los enfermos, y como preservativo del Tifo. Entre los varios modos de que se usa el cloro para este efecto, elegí desde el principio de la enfermedad los cloruros de Calcio, y Sodio de Labarraque dilatados en agua en forma de irrigaciones con preferencia á las fumigaciones de Guiton de Morveau que siempre son arriesgadas para los enfermos, por que cargándose de cloro repentinamente su atmósfera ataca demasiado á los órganos de la respiracion; ademas de que no difundiendo con igualdad en el aire, sus efectos son inconstantes y poco seguros: al contrario esta disolucion deja desprender á este cuerpo con lentitud: su accion es mas permanente é igual, y no afecta el pulmon sino levemente: este medio bastante eficaz para desinfectar las habitaciones de los tifóideos ha correspondido casi siempre á mis deseos en aquellas cosas que han ayudado con la limpieza de las ropas, y renovacion de aire libre, cuyos requisitos son imprescindibles para la preservacion y curacion del Tifo, de la cual voy á ocuparme en seguida.

Si recordamos y examinamos detenidamen-

te el cuadro de la enfermedad que nos ocupa, y lo cotejamos con ciertas observaciones particulares, no podrémos menos de convenir en que sus primeros síntomas, esto es, los que se suceden durante el primer septenario, presentan mucha analogía con los de otras enfermedades muy comunes, y procedentes de un principio estimulante en el sistema sanguíneo; pero al mismo tiempo se echan de ver otros muy notables y sobresalientes, que por si solos bastan para distinguir la enfermedad, si el Médico tiene un poco de espera y reflexion. No tiene duda que la frecuencia con que late el pulso, percibiéndose alguna dureza en la arteria, especialmente en los jóvenes robustos, el calor general é incómodo de la piel; la sed ardiente con lengua encendida; y el grande dolor de miembros y cabeza que sienten los enfermos en los siete, ú ocho dias primeros de la enfermedad, suponen un principio de irritacion, ó mejor diré un aumento de vida sobre un órgano interior, que no es fácil señalarlo, á pesar de las sutilezas de la doctrina fisiológica; pero como estos primeros síntomas son comunes con los de otras enfermedades que tienden á la inflamacion, no es fácil distinguir el Típus en su primer septenario, y es preciso que el Médico proceda con mucha

cautela en su tratamiento, máxime si en el pueblo se ha declarado ya la enfermedad, por que siempre son los precursores, digámoslo asi, de la erupcion petequial, de la sordera, del delirio, del calor rosáco de las conjuntivas, de la postracion y demas síntomas graves que dejo referidos, y que distinguen esta enfermedad de otra cualquiera. El Médico observador no puede menos de advertir en ella, por poco que pare su atencion, una línea bien marcada de separacion entre el orden de los primeros accidentes, y el de los segundos. Tal vez por falta de esta observacion, y por no apreciar cuanto es debido en la práctica esta diferencia substancial, ha nacido la variedad de opiniones que se advierte entre los Médicos para curar esta grave enfermedad. Pringle, Hildembraud, Huxam, Pinel, y casi todos los que han escrito de ella hasta principios de este siglo, han recomendado los eméticos, la quina, la serpentaria, el eter, el alcanfor, la árnica y otros estimulantes internos, por que reconocian por causa suya una materia de índole sedativa y amortiguadora, que abatiendo la accion del sólido, disponia los humores á la corrupcion. Broussais y todos sus secuaces por el contrario, suponiendo una inflamacion en la membrana mucosa gastro-intestinal, miran co-

mo perjudiciales á los eméticos, y á todas las sustancias excitantes: cifrando el buen éxito de la enfermedad en un plan antiflogístico riguroso, principalmente en la repetición de sanguijuelas al epigástrico, abstinencia absoluta de caldos, y en la abundante bebida de agua de goma acidulada. Uno y otro método tienen lugar en la curación del Típus cuando se usan con prudencia en el tiempo oportuno que reclama la enfermedad; pero tanto el plan debilitante, como el estimulante exclusivamente adoptados en todos los periodos de la enfermedad, son notoriamente perjudiciales.

Cuando en la villa de Belorado se padecía la fiebre de que he hecho relación, me hallaba imbuido de las alhagüeñas doctrinas de Broussais, y de consiguiente no veía en mis enfermos mas que irritaciones gástricas, inflamaciones de la membrana mucosa-gástrica, y gastro-intestinal, en fin gástritis, y gastro-entéritis. Fácilmente se deja conocer cuales serian los remedios que yo usaria para curarlos, sabiendo lo exclusiva y monotonía que es la medicina fisiológica en sus prescripciones. Así es que yo empleaba las sangrías generales, y las sanguijuelas al epigástrico al principio de la enfermedad: agua gomada, repetición de sanguijuelas, y fo-

mentos emolientes al vientre, en el aumento de ella; y los mismos remedios en el estado de mayor gravedad. Esta práctica uniforme en todos los enfermos, y periodos del mal, hizo que perdiera algunos en los primeros meses de la epidemia, y sus malos resultados me obligaron á abandonar este sistema dominante, y á estudiar mas seriamente la enfermedad, por los síntomas que sucesivamente presentaba en su marcha desde el principio, hasta su terminación. En efecto, me hice mas detenido y tímido en la extracción de sangre, aun en los sujetos jóvenes y robustos, en los primeros dias de la enfermedad, en que todos los síntomas parece que manifiestan el carácter de la inflamación, y me limité precisamente en este periodo, al uso abundante de bebidas refrigerantes, y de una dieta rigurosa; á no ser que el mal se complicara con afecciones inflamatorias bien marcadas, como con el catarro pulmonal, ó la pleuroneumonía que fueron muy comunes en las revoluciones admosféricas. Fuera de estos casos accidentales, miraba á la sangría con respeto, y todas mis prescripciones consistían en algunos eméticos cuando hallaba aparatos gástricos, en bebidas acídulas frias, y lavativas emolientes, hasta que el calor de la piel se disminuía notablemente, y

empézan á presentarse los accidentes del segundo periodo, llamados por algunos Médicos antiguos, de debilidad y abatimiento. Esta escena que por lo comun viene gradualmente desde el octavo al undécimo dia de la enfermedad, segun la intensidad de sus causas, y el temperamento del sugeto, me hacian hechar mano de los estimulantes internos mas á propósito para corregir los accidentes; y de las friegas de cepillo, de los sinapismos y cáusticos en diferentes puntos del cuerpo, pero de un modo lento, sucesivo y gradual que es la marcha ordinaria del mal, ó segun la urgencia de las circunstancias. No omití el uso del alcanfor, del eter, y de la serpentaria cuando los crei convenientes, ni el de la quina en sustancia, si se presentaban señales de adinamia, aun cuando la lengua del enfermo estuviese seca y renegrida. Este método tenido por incendiario y altamente perjudicial por los partidarios de Broussais, tuvo los mas felices resultados. Con él perdí muy pocos enfermos; y estos hechos prácticos que son los únicos que ilustran á la medicina, se han confirmado cada dia mas en mi práctica. Efectivamente, Casa de la Reina fué el segundo pueblo en este pais de los invadidos del Tífus; y habiéndome invitado su Ayuntamiento para

que pasara á observarlo, lo hice inmediatamente desde Briones el 15 de Mayo de 1833. Hallé á muchos enfermos de todas edades y sexos, en diferentes períodos de la enfermedad: conferencié largamente con su Médico y Cirujano titulares D. Domingo Visaira y D. Isidro Moraita sobre la índole de la calentura, y el plan curativo que deberia adoptarse en cada uno de sus periodos, apoyándome en las observaciones que habia hecho de esta fiebre en Belorado en 1828. Estas observaciones no le eran desconocidas al Señor Visaira, por haber visitado conmigo por mas de dos meses en la referida época, y pueblo de Belorado; y tanto él como su compañero el Cirujano se encargaron de llevar á efecto el plan acordado. Pero por desgracia el Médico enfermó gravemente del Tífus, y se encargó de su asistencia el que entonces se hallaba en Cuzcurrita D. Pablo Bárceñas, á quien acompañaba el Cirujano de Cihuri D. Lorenzo Sanchez. Estos Profesores dominados tambien de las doctrinas de la medicina fisiológica, persuadian al de cabecera á que usára de las sanguijuelas y demas remedios antiflogísticos, para curar no solo al Médico Visaira, sino á todos los demas enfermos del Tífus que tenia el pueblo; mas el Cirujano Moraita que habia

*

oido pocos dias antes mis razonamientos y consejos sobre esta materia, los puso en ejecucion con los mejores resultados.

La Bastida fué el tercer pueblo acometido fuertemente del Tífus, y á donde de órden de su Ayuntamiento pasé el 6 de Junio de 1855 á visitar los muchos enfermos que habia, en compañía del viejo Médico que entonces tenia San Vicente Don Juan de Santa María. Este Profesor dominado por las ideas del famoso Médico Brouum, cedió no obstante á mis reflexiones en el mismo acto de estar recorriendo los enfermos de este pueblo, en compañía de su Médico Don José Fuertes, acérrimo apologista del sistema de Broussais; y aunque con sumo disgusto, no pudimos menos de celebrar la consulta á presencia del Ayuntamiento, por haberlo pedido asi el mismo Señor Fuertes. En ella me vi obligado á impugnar con la moderacion debida, su práctica demasiado debilitante por las muchas sangrías, y crecido número de sanguijuelas de que se valia en todos los periodos de la enfermedad; y aunque el Señor Santa María apoyó mi opinion, haciéndole ver las víctimas que la enfermedad habia hecho hasta entonces, y que convendria que en lo sucesivo modificase su método, sin embargo sostuvo por entonces su

opinion; mas me consta que, aconsejado despues por algunos amigos, y hombres sensatos del mismo pueblo, se abstuvo mucho de sacar sangre, y curó mas enfermos despues.

No hubo tanto que vencer para conciliar las opiniones en otra reunion de facultativos que hizo celebrar el Ayuntamiento de San Asensio con el mismo objeto, á la cual asistieron D. José Fuertes, Médico de la Bastida, D. Victor Varona, de Alesanco, y yo que lo era de Briones. El Médico de cabecera D. Domingo Visaira, que como ya he indicado antes habia visto en el año 28 una enfermedad semejante en Belorado, y los felices resultados obtenidos con el método refrigerante en su primer septenario, y del estimulante gradual en el segundo: que se lo habia confirmado la esperiencia de los enfermos que habia tratado del Tífus el año anterior en Casa de la Reina: y mas que todo, que él mismo se habia librado de la muerte á beneficio de este plan curativo dictado por mi, y ejecutado por su Cirujano, lo propuso á la Junta para ver si merecia su aprobacion, despues de haber hecho una historia sencilla y exacta de la enfermedad que se padecia en todo el pueblo. Hubo alguna oposicion de parte de los que componian la Junta; pero habiendo tomado yo la palabra

para apoyar la propuesta del Médico de cabecera, se adoptó, y puso en egecucion con todas las precauciones necesarias, y sus efectos correspondieron á nuestros deseos, hasta los últimos acometidos de la epidemia en que por causas incomprensibles á nosotros, sus síntomas se hicieron tan malignos que obligaron á sucumbir á algunos jóvenes robustos.

Pero en donde mas se notaron las ventajas del referido plan curativo, fué en la villa de Briones en el año de 1855. En este pueblo de mas vecindario que los otros, permaneció la fiebre por espacio de diez meses, saltando con lentitud de unas familias á otras. Su cura párroco **D. Donato Medrano**, y el teniente **D. Julian Moraza**, podrian decir los muchos enfermos á que tuvieron que beaticar, los que por el peligro en que les puso la enfermedad les fué preciso administrarles el Sacramento de la Santa Uncion, y los pocos que sucumbieron. Estos hechos prácticos, que por ser tan numerosos como públicos en el pais, me dispense de formar la historia de los enfermos mas graves que han ocurrido en el transcurso de cinco años, por ser ademas ageno de una sucinta memoria, me hacen deducir unas consecuencias precisas, que no puedo pasar en silencio antes de concluir, redactán-

dolas como corolarios de todo lo espuesto hasta aqui.

PRIMERA, que la inflamacion que producen los miásmas contagiosos del Tífus y que segun los Médicos que últimamente han escrito de esta enfermedad existe en el tubo digestivo, no es una verdadera ó legítima inflamacion como la que se origina por causas comunes y generales, como las revoluciones admosféricas, desarreglos del régimen, y violencias exteriores. La causa que la produce es específica y desconocida de nosotros, hasta ahora, y como tal induce en ella una índole particular que debe tenerse presente para su curacion, como se tiene siempre en las inflamaciones de génio sífilíticas, herpéticas, hidrofóbicas, y demas de su especie. Asi es que los síntomas emanados de la inflamacion en el primer septenario del Tífus, no ceden jamás al plan antislogistico mas riguroso, como los vemos ceder comunmente á este mismo método en todas las inflamaciones de otra clase: por el contrario las demasidas pérdidas de sangre aceleran la marcha de la enfermedad, y hacen que sobrevenga mas pronto el segundo periodo de ella con accidentes celebrales la mayor parte. Por esta observacion que manifiesta la esperiencia deben mirarse con prudencia las sangrías y la aplicacion de sanguijue-

las en el primer periodo de la enfermedad, á no ser que lo exijan ciertas complicaciones y anomalias que se presentan frecuentemente; pero se proscribirán absolutamente de la práctica en el segundo periodo.

SEGUNDA: Que no puede conocerse ni clasificarse la fiebre tifóidea en los primeros dias de su invasion, porque sus síntomas son muy análogos á los de otras enfermedades mas ó menos inflamatorias; pero bastarán para recelar su existencia cuando en el pueblo se padezca ya la referida fiebre.

TERCERA: Que el plan tónico estimulante de que usaron para la curacion del Tifo Pringle, Huxam, Pinel, y otros famosos Médicos, es preciso abstenerse de él mientras no se disminuya el calor vivo de la piel; y emplearlo paulatina y gradualmente en el segundo periodo del mal en proporcion que se vayan presentando los accidentes nerviosos, á los adinámicos; prefiriendo entre los varios remedios tónico-estimulantes, el cocimiento antiséptico de la Farmaçopea Española, y el alcanfor en substancia en alta dosis para calmar el delirio.

CUARTA: Que los puntos gangrenosos que hallaron en los intestinos y otros órganos de los cadáveres que disecaron del Tifus los autores referidos, no deben atribuirse al plan curativo incendiario de que se valieron, puesto que los modernos han encontrado tambien las mismas modificaciones patológicas en las autopsias cadavéricas de enfermos semejantes, habiendo usado con ellos de unos remedios puramente gomosos y atemperantes.

QUINTO: En fin, que no deben excluirse los eméticos para la curacion del Tifus en los primeros dias de su invasion, siempre que se sospeche la existencia de alguna saburra gástrica.